

# La ignorancia de la historia

VÍCTOR MANUEL ARBELOA MURU\*

Recuerdo que hace muchos años, cuando visité por vez primera el museo de la Casa de Juntas de Guernica, me sorprendí viendo cómo en todos los textos se comenzaba a hablar del País Vasco desde el reino de Pamplona, después de Navarra, o desde un ente vasco independiente. Una visita reciente me confirmó el desagrado en que se había convertido mi sorpresa inicial.

Se ha dicho y se ha escrito que fue Sabino Arana Goiri, fundador del PNV, el iniciador de tan craso error histórico. No. Arana, que de historia sabía poco, no hizo más que repetir una historiografía tradicional vasca<sup>1</sup>, llena de leyendas y fábulas, en prosa o en verso, parte importante también de la literatura, cuyo objetivo era precisamente ponderar y exaltar las singularidades y privilegios de los vascos.

Todo el mundo sabe que el historiador vizcaíno Esteban de Garibay, en su *Compendio Historial* (1571), hizo de Túbal, hijo de Jafet, el fundador del pueblo vasco y de este el primer ocupante de lo que un día sería España. Pero Garibay no hacía más que seguir a Annio de Viterbo, Alfonso X, Ximénez de Rada y san Isidoro de Sevilla. Ya el historiador y militar judío Flavio Josefo había dado pie en sus *Antigüedades Romanas* a la confusión, al sostener que Túbal había fundado el pueblo de los *tubelos* o iberos. Pero él se refería a la Iberia oriental (Georgia). Una legión de autores vascos continuó la tesis de Garibay: Poza, Echave, Henao, Larramendi, Astarloa, Moguel...

Desde Garibay se propaga igualmente el lugar común de la identificación vasco-cántabra, que añade al ostentoso vasco-iberismo de los defensores de los fueros un complemento épico-militar. La temprana falsificación del *Canto de Lelo* o *Canto de los Cántabros*, atribuida al autor Antón de Badía, es su expresión más madrugadora y famosa.

\* Licenciado en Historia civil y eclesiástica.

<sup>1</sup> Para una bibliografía fundamental de ese tiempo CARO BAROJA, J., *Los vascos*, Madrid, 1980, pp. 66-69.

Otros muchos autores posteriores apoyaron la nueva tesis. El mismo Martín Azpilcueta, canonista navarro y catedrático insigne en Coimbra y Salamanca, se reconocía en 1570 «cántabro de nación», con Cantabria como patria. También el obispo e historiador, Prudencio de Sandoval, asume la opinión cantabrista de Juan Martínez de Zaldívar y de Andrés de Poza. El navarro Juan de Sada, autor de *Historia apologética del reyno de Navarra* (1628), navarriza la leyenda cántabra: Navarra sería la Cantabria que resistió durante 200 años a los romanos y el último territorio que pactó su final y honorable sumisión colaboradora. Los *tubelos* serían los predecesores de los cántabros; y los vascos de las fuentes romanas, los navarros posteriores, mientras guipuzcoanos y vizcaínos se equiparaban a los caristios y autrigones, no cántabros, poblados y vasconizados desde Pamplona<sup>2</sup>.

El abogado vasco-francés Arnaut d'Oihénart, al servicio de Luis XIII de Francia, autor de *Notitia Utriusque Vasconiae* (1637), se atrevió a rechazar tal identificación. Pero cuando el agustino Enrique Flórez publicó su obra *La Cantabria* en 1768, demostrando que el País Vasco no formó parte de la misma, no sólo las Juntas Generales de Vizcaya, sino también la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País y otras instituciones pusieron el grito en el cielo, protestaron solemnemente e intentaron desmentir tan innovadora tesis que, según ellas, atacaba frontalmente «el honor del país». Pero aquella innovación fue abriéndose lentamente camino. Todavía en 1886 el poeta vizcaíno Antonio Trueba defendía el vasco-cantabrismo o, como él lo llamaba, 'el cantabrismo', la tradición más vigorosa del Antiguo Régimen en Euskalherria. Pero cuando Isaac López Mendizabal dedicó su tesis doctoral en 1899 a desautorizarlo, era ya solo un recuerdo, un recuerdo que aún saltará, aquí y allí, en algunos versos, *bersos* y narraciones.

De todos modos, fue el fundador del PNV quien más énfasis puso en redactar una historia más fantástica todavía y quien más hizo por enseñarla y propagarla, sirviéndose del brazo poderoso del partido y de sus medios de publicidad, que iban a ser muchos a lo largo del siglo XX. Sostuvo Sabino Arana Goiri una y otra vez que Vizcaya y los otros territorios vascos fueron independientes hasta 1839: España, «la nación más degradada y abyecta de Europa», habría conquistado y sometido en el siglo XIX al Pueblo Vasco. Ni que decir tiene que los vascos, independientes desde siempre, vivían fraternalmente entre sí, en pequeñas entidades políticas, regidas por leyes —que eran sus propias costumbres—, fundadas en la religión y en la moral, en una existencia perfectamente feliz, que vino a perturbar la guerra con los españoles, mucho más crueles que los romanos, los godos y los sarracenos. En parecidos términos escribirá, muchos años después, el pundonoroso penneuvista navarro Carlos Clavería Arza, en su popular *Historia del Reino de Navarra*. Para mantenerse en ese oasis histórico, Arana llega a eliminar o, al menos, dejar a un lado de sus fantásticos relatos, inspirados en las leyendas de Trueba y de Araquistáin, o en los versos de los poetas, la figura del señor de Vizcaya en el siglo IX, que se le antoja un principio de degradación, consecuencia de la relajación moral y disensiones internas de los vizcaínos,

<sup>2</sup> FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., «Polémicas historiográficas y confrontación de identificaciones colectivas en el siglo XVIII: Navarra, Aragón y Vasconia», *Pedralbes*, 27, 2007, pp. 59-82.

sometidos un día a la autoridad de quienes iban a ser meros peones de los españoles<sup>3</sup>.

Muchos de sus seguidores, incluidos escritores e historiadores locales hasta hoy mismo, se olvidaron de los criterios historiográficos elementales a la hora de ponderar y exaltar la mezcla de leyenda e historia, y hasta lo que se llama 'mitología' (palabra que por la frecuente frivolidad de su empleo no suelo utilizar), sí ha servido y sirve para prestar «un nuevo sentido a la foralidad, dándole dimensión de ley vieja y una amplitud que hasta ahí no se reconocía». Tal es el caso para Elías de Amézaga del libro de Arana, *Bizkaya por su independencia* (1892), del que afirma: «Severos se mostraron los historiadores con esta obra. Y acaso no les falte razón si se reducen en exclusiva a los hechos, las fuentes y a todo lo demás». Con lo que está reconociendo paladinamente su falta de valor histórico. El «nuevo sentido» que da a la foralidad está muy por encima de todo eso<sup>4</sup>.

Si esto se escribe contemporáneamente, es fácil de imaginar qué se escribió muchos años atrás. Contra los buenos consejos del historiador guipuzcoano Nicolás de Soraluze, que pedía desechar las tradiciones carentes de auténtico sentido histórico y hasta de sentido común, para Juan Venancio de Araquistáin, escritor poliédrico, para quien la historia forma eruditos pero nunca héroes, autor, entre otros libros, como *Los Cántabros*, de las muy populares *Tradiciones Vasco-Cántabras* (1866), las tradiciones populares son para él «los archivos del pueblo, el tesoro de su ciencia, de su religión, de su cosmogonía; son la vida de los pueblos, los fastos de su historia»<sup>5</sup>. Aunque el mismo Araquistáin, afiliado primero al partido moderado y después al partido conservador de Cánovas, en su novela histórica *El Baso-Jaun de Etumeta* (1882), dedicada a su amigo el poeta y escritor Antonio Trueba, reconoce la necesidad de una «verdadera historia filosófica» del pueblo vasco, «a la altura de las exigencias de la crítica moderna».

No busquemos tampoco «historia filosófica» de Navarra en el poeta y escritor navarro Hermilio de Olóriz (1854-1919), archivero bibliotecario y cronista oficial de la Diputación Foral y Provincial de Navarra desde sus 24 años, vate de la Gamazada, autor de varios libros de carácter histórico y miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Historia desde 1885. En su libro más popular, *Resumen histórico del antiguo Reino de Navarra* (1897), el autor comienza diciendo que, según sabios escritores, los primeros habitantes de España fueron los «euskaldunes o euskaros cuyo origen se pierde en los remotos siglos». Eran una raza «sin mezcla ni contacto con otras, desemejantes a ellos en hábitos y carácter, y poseedora de un lenguaje puro, lógico, inmenso y rico por demás en formas y poesía».

Olóriz hace a los *bascones* aliados de Sertorio contra Pompeyo y llama 'españoles' a los seguidores de Sertorio tras su asesinato en Huesca. Presenta como

<sup>3</sup> No todos los trabajos históricos o seudohistóricos de Sabino Arana están recogidos en sus *Obras Completas* (Bayona-Buenos Aires, 1965), y hay que buscarlos en las páginas de las varias revistas que dio a luz. Entre los muchos estudios que han examinado su persona y su obra, prefiero el de CORCUERA ATIENZA, J., *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco, 1876-1904*, Madrid, 1979.

<sup>4</sup> AMÉZAGA, E., *Biografía sentimental de Sabino Arana*, Tafalla, 2003.

<sup>5</sup> Sobre Araquistáin ver JUARISTI, J., *El linaje de Aitor: la invención de la tradición vasca*, Madrid, 1987, pp. 155-168.

ejemplo heroico el de los *bascones* de Calahorra durante el asedio, el incendio y el exterminio de la ciudad.

¡Al arma!... ¡al arma!..., bascones,  
empuñad raudos la guecía,  
que están hirviendo en guerreros  
el prado, el monte y la sierra.

Y mirando a la muchedumbre de soldados romanos que se acercan a la murallas de la ciudad, arenga a los paisanos adelantando lemas que resonarán varios siglos después:

Miradla y venid, bascones,  
venid a luchar con ella,  
honor y gloria lo exigen,  
Dios y la patria lo ordenan.

Poco más adelante en la historia, Olóriz hace luchar a *Basconia* dos veces contra Julio César y otras dos contra Octavio Augusto, confundiendo naturalmente cántabros con vascones. Para que todo vaya parejo, habla de la predicación cristiana en Pamplona por san Saturnino o san Cernin y su discípulo Honesto nada menos que en «el primer siglo de la Iglesia».

No creo que tenga que añadir algo más<sup>6</sup>.

Durante muchos años tras la muerte del fundador, los escritores nacionalistas vascos, con muy diferentes grados ideológicos, ocuparon gustosamente el lugar de los historiadores. Esos siglos oscuros de la baja Edad Antigua y de la Alta Edad Media, tan desconocidos por casi todos, siglos de escasas noticias y carencia de fuentes, permitían y siguen permitiendo fabular con mayor libertad y defender los ideales patrióticos de unos y otros al gusto de cada cual, según se lo exija su grupo, su asociación, su partido o su personal ideología política<sup>7</sup>.

Acaso sea el peneuvista roncalés Bernardo Estornés Lasa (1907-1999), benemérito fundador de la editorial Auñamendi pero no historiador de oficio, quien más haya escrito acerca de estas etapas oscuras, y de todo lo habido y por haber dentro de ellas, sin escatimar páginas: lo mismo de la etapa romana (221 a.C.-476 d.C.), de la que él llama etapa vascona (476-824), como de la etapa pamplonesa (824-1234), en varios de sus libros.

No tengo por qué decir aquí el juicio que me merece la *La Gran Enciclopedia Vasca*, bajo el punto de vista histórico, ni el que me merecen cada una de las obras firmadas por él. El juicio (razonado) de un experto, como Besga,

<sup>6</sup> Sobre Olóriz como personaje navarro y sobre todo como poeta, ver mi libro *El Romancero de Navarra y otros versos*, Pamplona, 2003.

<sup>7</sup> Insiste en este aspecto el historiador de estos períodos 'oscuros', Armando Besga Marroquín, catedrático de historia medieval en la Universidad de Deusto, a quien sigo en algunas partes de este trabajo. Un resumen de su pensamiento en este punto, «La historiografía nacionalista y la época de la transición de la antigüedad al feudalismo», *Letras de Deusto*, 102, 2004, pp. 9-59. Ver también otros trabajos del mismo autor en esta revista sobre estos períodos: «La formación de la peculiaridad vasca: Cántabros y vascos entre el siglo I a.C. y el IX d.C.», 61, 1993, pp. 147-172; «La Edad Oscura (siglos V-VIII): Sobre ciertas deficiencias de la historiografía», 118, 2008, pp. 93-125; «La época de los reinos germánicos: ¿Antigüedad tardía o primera edad media?», 122, 2009, pp. 9-50.

sobre ellas puede parecer despiadado<sup>8</sup>, pero no tanto como algunos juicios del historiador-editor contra ciertos historiadores españoles, como Sánchez Albornoz. Básteme para mi propósito recordar que Estornés piensa, como algunos de sus predecesores nacionalistas, que desde la prehistoria existe una nación vasca; que en Pamplona comienza la resistencia vasca a los romanos; que a la caída del Imperio, el País Vasco asimila a ricos y esclavos euskaldunes y latinos, paganos y cristianos, que «se funden en un solo pueblo vasco: vascón»; o que entonces «probablemente se inician las primeras reivindicaciones políticas y toman la iniciativa los oscuros buruzagis tradicionales». Nada menos.

Pasemos asimismo por alto la invención del ducado de Vasconia, confundido con el de Aquitania, que aparece en los años sesenta del siglo VII en el sudoeste francés, y la traducción de su segundo duque llamado por Lupo por un vascón llamado Otxoa u Otxoa. Dicho Ducado, según autores como Federico de Zabala, Carlos Caballero, Carlos Osés, Eugène Goyheneche o Martín de Ugalde, habría unido por arte de un birlibirloque patriótico a los vascos transfronterizos pirenaicos y ultrapirenaicos: desde la desembocadura del Garona hasta más de la mitad del recorrido del Ebro, incluyendo tierras de Cantabria, Burgos, La Rioja, Soria, Huesca y Zaragoza. Según el escritor, filólogo y académico vasco, Federico Krutwig Sagredo (1921-1998), uno de los ideólogos de ETA, que se une a esa tesis haciéndola conocer en muchos sectores, a la vez que unifica la soberanía de tal Ducado con la de Navarra, la ‘usurpación’ posterior de ambas por Francia exigiría en su día «un hecho de armas», puesto «que el detentador de la soberanía vascona no cederá a otras razones que a las del fuego los derechos del pueblo vasco»<sup>9</sup>.

Otros pretendidos historiadores hicieron del duque aquitano Eudón un duque vasco, que con sus tropas de vascos frente el emir o gobernador moro Abderramán Algafiqui –a quien algunos confunden con Abderramán I–, habría dado a Carlos Martel y a sus francos la victoria de Poitiers (732), salvando así de la amenaza musulmana a Francia y a Europa. No falta quien, como López Mendizábal, hace ‘repasar’ la frontera al emir, que murió según la historia en la batalla, y le hace luchar de nuevo contra los roncaleses y morir en el puerto navarro de Olant, Olast u Ollate, para justificar el escudo del valle pirenaico, en el que aparece la cabeza del rey moro chorreando sangre.

El poeta navarro Olóriz luce esta vez el mejor romance castellano de su mediocre producción:

Abderramen, vuelve grupa.  
Si los de Francia te vencen,  
¿qué esperas de los navarros  
que humillan a los franceses?

Para que el emir Abderramán Algafiqui, muerto en la batalla contra los francos, cuadre con el primer emir omeya independiente, de nombre similar,

<sup>8</sup> BESGA, «La historiografía nacionalista...», *op. cit.*, pp. 24-28.

<sup>9</sup> SARRAILH DE IHATZA, F. (seud.), *La Nueva Vasconia*, San Sebastián, 1979, p. 55. Sobre la figura polivalente de Krutwig, ver JUARISTI, J., *El bucle melancólico: Historias de nacionalistas vascos*, Madrid 1997, pp. 275-297.

fallecido de muerte natural el año 788, traslada el poeta y archivero navarro la batalla de Olant a una fecha posterior a la de Roncesvalles, que igualmente cantará con renovados bríos:

Que el invicto Carlo-Magno  
dejó en Navarra su hueste.  
¡Y donde hubo un Roncesvalles  
es fácil que vuelva a haberle!<sup>10</sup>

No es menester recordar cómo la mencionada batalla contra las huestes de Carlomagno ha sido un lugar preferido, hasta paradigmático, para muchos historiadores de la época, y más sobre todo para todos los historiadores, narradores, escritores y poetas que han cantado la emboscada o escaramuza, por importante que fuera, como si se tratase de la batalla del siglo, qué digo, de toda la Edad Media: una verdadera epopeya de los vascos de la Basconia o Vasconia que existía desde siempre. Me vienen a la memoria las pintorescas descripciones, ricas de imaginación y hasta de belleza literaria, de Pierre Narbaitz o Carlos Clavería. Olóriz se les adelantó, también esta vez, a todos ellos y aprovechó el símbolo supremo de tamaño acontecimiento para escribir dos largos romances, en los que metió al entonces tenido como primer rey de Navarra, Íñigo Arista, y cantar «las peñas arrancadas de cuajo», los «ríos de sangre», el «monte de cadáveres», los «millares de muertos»...<sup>11</sup>.

Raro es encontrar en los numerosos autores que, de un modo u otro han escrito sobre la derrota franca en clave nacionalista vasca, la referencia a los *wascones* del otro lado del Pirineo que acompañaban al rey Carlos, como tampoco es frecuente leer en el relato de la segunda batalla de Roncesvalles (824) que navarros, aragoneses y musulmanes vencieron a los *wascones* que habían restablecido el poder carolingio en Pamplona, estrenado doce años antes por Luis el Piadoso, o Ludovico Pío, hijo de Carlomagno<sup>12</sup>. No, el caudillo vascón Íñigo Arista no fue heredero de los duques de Vasconia, sino vencedor de los *wascones* ultrapirenaicos, comandados por los nobles Eblo y Aznar, que vivían en los territorios dominados ya por los francos.

Pero la tesis tradicional aranista, en vigor durante casi todo el siglo XX, de varios Estados vascos, que pactan en su día, de igual a igual, de potencia a potencia, con Castilla, es desechada airadamente por jóvenes escritores nacionalistas vascos, que achacan ahora a esa tesis, falsa para ellos, el origen del pacto foral, del pacto con la Corona, y después del estatutismo-amejorantismo, tenido como enemigo mortal del nacionalismo-soberanismo-independentismo, y causa principal hasta hoy de su fracaso.

A estas alturas de la historiografía no se puede negar, ya desde los tiempos de Alfonso I el Católico (739-757), la presencia del reino de Oviedo o de Asturias en territorios como las Encartaciones, Vizcaya o Álava, en forma ya de

<sup>10</sup> *Op. cit.*, pp. 61-76.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 39-60.

<sup>12</sup> Besga dedicó otros de sus trabajos a estos extremos: «Vencedores y vencidos en Roncesvalles», *Letras de Deusto* 85, 1999, pp. 9-38; «El empleo de 'vascón' en las fuentes durante los siglos VI y IX», *Letras de Deusto* 61, 1993, pp. 57-84; y «Orígenes hispano-godos del Reino de Pamplona», *Letras de Deusto* 89, 2000, pp. 11-54.

repoblación, ya de dominio posterior, incluidas naturalmente las rebeliones vasconas, de las que nos dan cuenta la *Crónica Albeldense* o la *Crónica de Alfonso III*, desde el reinado de Fruela I (757-768), casado con la vascona Munia, hasta Alfonso III el Magno (866-909), que hizo de León su capital<sup>13</sup>.

Pero en general los autores nacionalistas vascos ignoran tales relaciones o las conceden solo en términos de resistencia y conflicto. Un escritor moderado como Goyheneche pasa tranquilamente, sin mencionar siquiera el reino de Asturias, desde Íñigo Arista —a quien hace rey de Pamplona— a Sancho Garcés I, que echa más allá del Ebro a los musulmanes que habían tomado la capital el año 840, y a Sancho Abarca, que volvió a tomar (*reprit*) Álava y los territorios al norte de los Pirineos. ¿A quién?<sup>14</sup>. Era una buena ocasión para recordar a Fernán González, primer conde de Castilla, conde también de Álava.

En nuestros mismos días un jurista y foralista vasco prestigioso como Adrián Celaya, catedrático de derecho foral, autor de obras ejemplares, autonomista y no independentista, en su trabajo vulgarizador, titulado *Reyes, Señores y Fueros*<sup>15</sup>, comienza diciendo:

Bizkaia tuvo Señores y, más tarde, Reyes. Los Señores eran una institución propia cuando Bizkaia era un Señorío aparte, distinto de los Señoríos castellanos que el rey podía dar y quitar a su arbitrio. Aunque la naturaleza del Señorío sea discutida y el Señor de Bizkaia buscó siempre la protección del rey de Castilla, Bizkaia mantuvo su carácter peculiar hasta el punto de que el Señor podía desnaturalizarse de Castilla, como hizo el III Diego López de Haro en los tiempos de Alfonso VIII.

Ni mención al reino de Asturias y de León. Pero, al menos se reconoce la vinculación de Vizcaya con Castilla antes de pertenecer a este último.

El susodicho historiador Armando Besga dedica varias páginas de su trabajo antes mencionado<sup>16</sup> a refutar las opiniones de autores nacionalistas actuales, como Tomás Urzainqui, Juan María Olaizola o Mikel Sorauren, que niegan cualquier pertenencia de los territorios vascones al reino de Asturias-León, y después al condado y reino de Castilla, mientras el autor de *Astures y vascones* sostiene la evidencia de unos condes del reino astur-leonés en Álava, negando a la vez que el matrimonio del conde vizcaíno Momo con una princesa navarra pruebe la dependencia de Vizcaya de un rey pamplonés.

Afortunadamente, la mayoría de los historiadores medievalistas navarros reconocen la intensa relación entre la primera monarquía hispana y los primeros caudillos y reyes navarros.

Nuestro mejor medievalista, José María Lacarra, sitúa esta relación tras la muerte de Ramiro I de Asturias (850) y de nuestro caudillo Íñigo Arista (851): «Los pamploneses entran en relación con el reino asturiano, cuya política secundan en ocasiones, apartándose un tanto de la amistad de los Banu Qasi»<sup>17</sup>.

<sup>13</sup> El susodicho historiador es quien mejor ha estudiado las relaciones entre el reino de Asturias y León y los territorios vascones en muchos de sus trabajos, especialmente en su libro *Astures y vascones: las Vascongadas y el Reino de Asturias: el País Vasco entre los siglos VIII y X*, Bilbao 2003.

<sup>14</sup> GOYHENECHÉ, E., *Notre Terre Basque*, cap. II, *Le royaume de Navarre: Sous les rois basques*, Pau, 1979, p. 49.

<sup>15</sup> *Deia*, 9 de enero de 2010.

<sup>16</sup> BESGA, «La historiografía nacionalista...», *op. cit.*, pp. 45-54.

<sup>17</sup> LACARRA, J. M.<sup>a</sup>, *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, Pamplona 1977, p. 37.

Luis Javier Fortún y Carmen Jusué adelantan estas relaciones al año 812, cuando, tras apoderarse de Pamplona, Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno, instaló un gobierno profranco, encomendado al magnate Velasco Algalasqui<sup>18</sup>.

Las buenas relaciones de todo género con el reino asturiano y después leonés continuaron durante los dos siglos siguientes, especialmente con el primer rey navarro Sancho Garcés I y sucesores, con ciertos intervalos, eso sí, de colaboración, de sumisión y capitulaciones con los califas de Córdoba, a causa de las múltiples y devastadoras aceifas musulmanas contra los reinos y condados cristianos del norte, o debido a fuertes rivalidades entre estos, parejas a las habidas entre los dirigentes musulmanes repartidos en toda la Hispania ocupada por los moros.

En tiempos de Sancho Garcés II, en el monasterio navarro de San Martín de Albelda, fundado por nuestro primer monarca, el monje Vigila, canonista, versificador y miniaturista, futuro abad del cenobio, dirigía un equipo de monjes, encargado por los reyes navarros de componer el llamado *Códice Albeldense* o *Vigilano*. Terminado el año 976, en él se transcribieron importantes textos canónicos, jurídicos e históricos, latinos e hispanos, verdadero acervo literario e ideológico-simbólico, con el que la monarquía pamplonesa hace suyo el glorioso pasado romano-visigodo-hispano-cristiano, a través de la monarquía asturiana.

El mismo fin tendrán, años después, el *Códice Emilianense*, preparado en San Millán, y el más importante aún, el llamado *Códice de Roda* o *Rotense*, probablemente compuesto en Nájera hacia el año 990 por un grupo de monjes, que incluía, entre otras, dos crónicas ovetenses y añadía las célebres *genealogías* de nuestros monarcas: un entramado de progenies y enlaces con los reyes y condes hispanos —de los que Sancho III el Mayor será vástago paradigmático—, además de otros nobles procedentes del sur de Francia.

## BIBLIOGRAFÍA

- AMÉZAGA, E., *Biografía sentimental de Sabino Arana*, Tafalla, 2003.
- ARBELOA, V. M., *El Romancero de Navarra y otros versos*, Pamplona, 2003.
- BESGA MARROQUÍN, A., *Astures y vascones: las Vascongadas y el Reino de Asturias: el País Vasco entre los siglos VIII y X*, Bilbao, 2003.
- «La historiografía nacionalista y la época de la transición de la antigüedad al feudalismo», *Letras de Deusto*, 102, 2004, pp. 9-59.
- «La formación de la peculiaridad vasca: Cántabros y vascos entre el siglo I a.C. y el IX d.C.», *Letras de Deusto*, 61, 1993, pp. 147-172.
- «La Edad Oscura (siglos V-VIII): Sobre ciertas deficiencias de la historiografía», *Letras de Deusto*, 118, 2008, pp. 93-125.
- «La época de los reinos germánicos: ¿Antigüedad tardía o primera edad media?», *Letras de Deusto*, 122, 2009, pp. 9-50.
- «Vencedores y vencidos en Roncesvalles», *Letras de Deusto*, 85, 1999, pp. 9-38.
- «El empleo de «vascón» en las fuentes durante los siglos VI y IX», *Letras de Deusto*, 61, 1993, pp. 57-84.

<sup>18</sup> FORTÚN, L. J. y JUSUÉ, C., *Historia de Navarra*, I: *Antigüedad y Alta Edad Media*, Pamplona, 1993, p. 76.



- «Orígenes hispano-godos del Reino de Pamplona», *Letras de Deusto*, 89, 2000, pp. 11-54.
- CARO BAROJA, J., *Los vascos*, Madrid, 1980.
- CORCUERA ATIENZA, J., *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco, 1876-1904*, Madrid, 1979.
- FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., «Polémicas historiográficas y confrontación de identificaciones colectivas en el siglo XVIII: Navarra, Aragón y Vasconia», *Pedralbes*, 27, 2007.
- FORTÚN, L. J. y JUSUÉ C., *Historia de Navarra, I: Antigüedad y Alta Edad Media*, Pamplona, 1993.
- GOYHENECHÉ, E., *Notre Terre Basque*, cap. II, *Le royaume de Navarre : Sous les rois basques*, Pau, 1979.
- JUARISTI, J., *El bucle melancólico: Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, 1997.
- *El linaje de Aitor: la invención de la tradición vasca*, Madrid, 1987.
- LACARRA, J. M.<sup>a</sup>, *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, Pamplona, 1977.
- SARRAILH DE IHATZA, F. (seud.), *La Nueva Vasconia*, San Sebastián, 1979.

#### RESUMEN

##### *La ignorancia de la historia*

Mi convicción es que la ignorancia o la manipulación de la historia, por razones ajenas a la ciencia histórica y al servicio de causas culturales, políticas, religiosas u otras cualesquiera, da lugar no sólo a mitologemas, leyendas, fábulas..., sino a la creencia de que todo eso son verdaderas historias. Lo expongo con varios ejemplos de historiadores, políticos, novelistas, poetas, vascos y navarros sobre temas tan conocidos como el vasco-iberismo, el vasco-cantabrismo, la raza única, el ancestral foralismo, el roncesvallismo... O menos conocidos, como el silencio ante las primeras relaciones de los territorios habitados por los vascones con el reino de Asturias y León o con el condado de Castilla.

**Palabras clave:** manipulación de la historia; historiadores; políticos; novelistas; poetas; vascos y navarros.

#### ABSTRACT

##### *The Ignorance of History*

I strongly believe that the ignorance o, manipulation of historyr for the sake of cultural, political, religious or any other reasons but far from the historical science, not only produces mythologems, legends, fables... but the belief that everything is true. I present these ideas with some exemples of Basque and Navarrese historians, politicians, novelists and poets about well-known topics: Basque-Iberism, Basque-Cantabrisism, as well as the single race, the ancestral *Fueros*, Roncesvallism... or less habitual topics such as the silence around the relationships between the territories of *Vascones* and the Kingdom of Asturias and Leon, or with the County of Castille...

**Keywords:** manipulation of history; historians; politicians; novelists; poets; Basque and Navarrese.

